



LA PALABRA CULTURA Y SUS DERIVACIONES

MIGUEL PELAY OROZCO

Antes de ahora me he referido a los cambios e innovaciones que estos últimos años ha venido experimentando el vocabulario. Es evidente que muchas palabras han variado parcial o totalmente su significado primigenio. Por vía de ejemplo podríamos remitirnos -lo he hecho ya en varias ocasiones- a la palabra *hecatombe*, que fue de las primeras en abandonar su primitiva acepción (aquella del sacrificio de los cien bueyes, hoy absolutamente olvidada por todos), para asumir otras, actualmente vigentes: cataclismo, desastre, catástrofe, etcétera. En tiempos recientes, algo semejante, aunque de signo menos drástico, ha ocurrido con la voz *discriminar*, que ahora no significa únicamente diferenciar una cosa de otra, sino que implícitamente contiene también, especialmente si se refiere a comunidades humanas, étnicas o religiosas, cierta connotación denigrativa y excluyente para alguna de ellas. Otro vocablo que ha cambiado no hace muchos años de sentido es el de *mogollón*, con el que antes se designaba a la gorronería y al entremetimiento, y que hoy quiere decir (por supuesto, en boca de los jóvenes, que son los que la utilizan y los que han impuesto su transformación) abundancia, exceso o algo parecido. Siguiendo esta línea revisionista nos encontraríamos también con que *señero*, tampoco significa ya sólo o individual, sino que la palabra ha adquirido un vago matiz "enoblecedor". Está, pues, fuera de duda, que hay vocablos que de una manera u otra, parcial o totalmente, se han abierto paso, como quien dice, por su cuenta y a codazos. Y evidente es, asimismo, que rompiendo abruptamente con todos los antecedentes etimológicos o semánticos, han modificado categóricamente sus antiguos significados. Yo supongo que este fenómeno se dará hoy en día en la mayoría de los idiomas. Sin ir más lejos, en nuestro propio euskera tenemos que con la

palabra *ikurriña* ya nadie se refiere a la bandera en su sentido general, sino a una bandera determinada. Y otro tanto sucede con la voz *ikastola*, que hoy no corresponde a la escuela en su acepción genérica (que es para la que fue creada), sino a aquélla en la que las clases se imparten precisamente en lengua vasca. Y como estos casos podríamos citar mil más.

Pienso, sin embargo, que no se habrá dado un caso comparable en este desbarajuste de denominaciones y conceptos, como el que se ha producido con los innumerables avatares, evoluciones, embolismos y manipulaciones que ha experimentado -sufrido, sería tal vez la expresión pertinente- la palabra cultura.

Al parecer, la palabra cultura no llegó a tener un sentido formal y definido, hasta Bacon. Según Baroja, fue a partir de él cuando comenzó a emplearse, pero unida siempre a otras palabras. Así se dijo, verbigracia, "cultura del espíritu", "cultura estética", "cultura de costumbres", etcétera. Mucho más tarde, en el siglo XVIII, Herder la despejó de los adjetivos que la habían venido acompañando durante un par de siglos, y habló sólo de cultura. Pero, tras esta especie de corrección sumista o compediadora impuesta por el pensador alemán, que perduró alrededor de un siglo, volvió a asomar la diversificación de acepciones. Al principio, de una manera contenida y hasta diría que "subrepticia", para, gradualmente, ir extendiendo sus funciones hasta llegar a la cabriolesca zarabanda actual. Porque ya no se trata de abrir la puerta a algún término más o menos cercano o asumible, o incluso de substituir una acepción por otra, aunque ésta fuese completamente opuesta. Ahora surgía una incontenible eclosión de significados empe-



ñados en alinearse bajo el apelativo mágico. Eclósión que no solamente no ha disminuído sino que, como digo, continúa produciéndose cada vez en mayor cantidad y con menor justificación. Por otra parte, la irrupción masiva de los políticos y su tendencia a apoderarse de todos los resortes retóricos del acervo literario, para reciclarlos, exprimirlos y desfigurarlos, a fin de adecuarlos a su jerga oratoria, ha contribuído poderosamente a esta proliferación de acepciones caprichosas y absurdas. Así, hoy es corriente leer u oír expresiones como la “cultura de los pactos”, “cultura del diálogo”, “cultura de la firmeza”, “cultura del consenso”, “cultura del pelotazo”, “cultura de los avances de la paz”,...

A este paso, es posible que oigamos muy pronto hablar de la “cultura del buen tiempo” o de la “cultura del estornudo”.

En fin. Dejando de lado toda esta palabrería retoricada y absurda que haría pensar en una especie de cultalatinoparla rediviva, en lo que uno cree -y cada vez con mayor firmeza- es en la cultura del conocimiento, en esa que se obtiene por la vía única de la lectura y que enriquece espiritualmente a sus practicantes. Y en el orden colectivo, cree también -y también firmemente (y que los suspicaces empiecen a pensar con la cabeza y no con otras zonas del cuerpo)- en la *cultura de los pueblos*. Que viene a ser como un viejo arcón en el que se hallan depositadas las creencias, las costumbres, el lenguaje ancestral, los juegos, la mitología, la prehistoria, el comportamiento religioso, la idiosincrasia y hasta ciertos tics y reacciones atávicas que de alguna manera se han ido manteniendo a través de los siglos.

Pues bien. Los vestigios de ese patrimonio cultural que custodia nuestro metafórico arcón, ya un tanto exiguo por desgracia, es cuanto puede quedarnos a los vascos como rasgo peculiar e identificativo. Conservémoslo porque (lo diré parafraseando a aquel excelente escritor y amigo que fue Luis de Castresana) se trata de nuestra huella digital como pueblo...

